

SACUNTALA, aparte.

Desde que mis ojos se fijaron en este desconocido, siento en mí una emoción enteramente contraria á la calma perfecta que debía inspirarme tan santa soledad.

DUCHMANTA, mirándolas con el mas tierno interés.

Niñas de mi vida, ¡ cómo se armoniza con vuestra gracia y juventud la dulce intimidad que entre vosotras reina!

PREYAMVADA, en voz baja á Anasuya.

Querida mia, ¿ quién puede ser ese recién llegado, cuyo rostro magestuoso y hablar cortés sobremañera lo proclaman digno de empuñar el cetro?

ANASUYA, en voz baja á Preyamvada.

Ya puedes figurarte que mi curiosidad no va en zaga á la tuya; veamos si hay medio de satisfacerla. (Alto, y dirigiéndose al rey.) Señor, la dulce familiaridad que reina en vuestra conversacion, me anima á dirigir algunas preguntas: ¿ será indiscrecion interrogaros de que noble familia formais la perla, cual es el país que deplora actualmente vuestra ausencia, y

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION SEXTA

Continuacion del poema y drama de Sacúntala.

I

Hemos dejado á la hija adoptiva de Canúa en el momento mismo en que se despide del anacoreta para encaminarse á la capital, lisonjeándose de hallar, juntamente con su título de esposa, el amor del monarca fulgurante de gala y magestad en el solio de la India. Una numerosa comitiva de religiosas pertenecientes al monasterio en que habia sido criada, acompañan á la corte á la bella desposada, á quien todo presagia una recepcion triunfal y la felicidad suprema.

Pero una divinidad celosa habia ofuscado, mediante un maleficio, la memoria de su regio consorte. Cuando se presenta en el suntuoso alcázar la palpi-

tante Sacúntala, la admira el magnánimo Duchmanta, pero no reconoce á la tímida vírgen á quien diera su fé; y para colmo de desgracia, la desventurada criatura al ir á buscarlo, reconoce haber perdido el anillo nupcial. Nada es mas tierno y mas pintoresco que la escena de la entrevista, y el contraste que forman los acentos plañideros de la desolada esposa con la glacial sorpresa del obcecado príncipe; escena tan patética, aunque menos sencilla, que la de José en la Biblia. Sacúntala se esfuerza en despertar todos los recuerdos medio borrados de los tiempos felices que pasó con su amante en el ameno retiro do saborearon ambos las primicias del amor conyugal.

« — Veamos, le dice el héroe.... ¿ qué nueva fábula vas á inventar para convencerme ?

SACUNTALA.

Acuérdate del día en que, bajo un emparrado formado por las flexibles ramas de olorosos arbutos, recogistes en el hueco de tu mano el agua cristalina en que sobrenadaba un lotos brillante.

EL HÉROE.

¿ Y despues qué sucedió ?

SACUNTALA.

En aquel momento hallábase á mi lado mi cervatillo favorito : « Bebe tú el primero, » le dijistes con voz dulce presentándole la copa vegetal; pero el tímido animalito, aun no acostumbrado á tu vista,

no se atrevió á inclinar su cabeza para apagar su sed, mientras que lo efectuó sin desconfianza cuando yo tomé la copa de tu mano y se la ofrecí en la mía. Entonces tú esclamastes con la sonrisa en los labios : « Así es cierto que la confianza en el amor se apoya. »

El héroe se obstina en su incredulidad, y, volviéndose á las mugeres de edad provecta, testigos de la escena :

« — Venerables matronas, les dice, no parece sino que la mañosa astucia se halla encarnada en el sexo femenino, aun prescindiendo de nuestra raza. Y sino que lo diga la hembra de ciertos pájaros que antes de desplegar en el cristalino espacio sus alas anchurosas, deponen sus huevos en un nido ageno, dejando á otras aves el cuidado de empollar y cebar á la cría resultante. »

Sacúntala prorrumpe en amargas recriminaciones contra la crueldad de un amante, á quien pérfido juzga y alevoso, ignorando que se halla cegado por agentes sobrehumanos. Los religiosos que la acompañan empiezan á dudar de su sinceridad, y la amenazan con abandonarla á la venganza del rey cuyo furor ha venido á arrostrar con tanta osadía.

« — Braminos, le dice Duchmanta, no fomenteis el error de esta muger que pretende haber sido mi esposa. »

Despues añade sacando del reino vegetal una imágen pintoresca.

« — Así como el plácido fulgor del astro maci-

lento de la noche se contenta con abrir los olorosos pétalos de la flor del comonda, sin tocar con sus trémulos rayos al azulado lotos, cuyo cáliz tan solo dilatan las fulgorosas miradas del astro del día; del mismo modo el hombre virtuoso y dueño de sus pasiones debe, como yo lo efectúo en este momento, apartar la vista de la muger ajena. »

SACUNTALA.

¡ Oh dura tierra, abre tu seno y sepulta á una criatura desgraciada que agovia el peso de su vergüenza !

La acongojada Sacúntala se retira llorando á mares, y es acogida como mendiga en casa de un bra-
mino hospitalario.

II

El acto sexto comienza por un diálogo entre un pobre pescador encadenado que llevan á la cárcel.

LOS GUARDAS, maltratando al preso.

¿ Acabarás de una vez de decirnos dónde robas-
tes esta preciosa sortija, en cuya inestimable piedra
vemos grabado con todas letras, el nombre del gran
Duchmanta ?

EL PESCADOR, temblando de pavor.

Excusadme, ilustres señores, si os aseguro que ja-
mas llegué á cometer accion tan villana.

UNO DE LOS GUARDAS.

¡ Ah! sin duda deberás ser algun venerable bra-
mino cuya virtud habrá querido premiar nuestro
monarca por dádiva tan magnífica !

EL PESCADOR.

No señor, que no soy mas que un pobre vecino
de Sacravatara.

EL OTRO GUARDA.

¡ Eh miserable ! ¿ qué se nos da el lugar de tu re-
sidencia ?

EL OFICIAL.

Dejadlo explicarse y no lo maltrateis así.

AMBOS GUARDAS, á la vez.

Vaya, explícate, miserable.

EL PRESO.

Yo, señores, soy un pobre pescador que, por me-
dio de su red y anzuelos, procura ganar el pan para
su numerosa familia.

EL OFICIAL, sonriendo.

¡ Bonito oficio á la verdad, y sobretodo muy
digno !

EL PESCADOR.

No digais eso, señor, que por mas vil que pueda
pareceros el estado de mis padres, es mi deber
practicarlo ; y, aunque la accion de dar la muerte
á un sér viviente sea justamente reputada cruel

y alevosa, no obstante no es raro hallar, en el mismo carnicero, un alma tierna y accesible á la compasion.

EL OFICIAL.

Vamos á lo que importa.

EL PESCADOR.

Pues señor, un dia me hallaba ocupado en escamar y trincar un pescado magnífico que acababa de coger, cuando héteme aquí que me encuentro en el vientre un anillo de gran precio; y apenas lo habia expuesto para venderlo, cuando me cogen los agentes de policia.

EL OFICIAL, oliendo el anillo.

El olor de mar tiende á hacer creer que en efecto esta joya ha podido haber estado en el cuerpo de un pez; pero queda por saber como la cosa ha podido efectuarse. (A los guardas) Seguidme vosotros con el reo, mientras voy á ver á uno de los válidos que gozan de la privanza real.

LOS GUARDAS, al pescador.

Adelante, miserable ratero, adelante.

(Caminan juntos.)

EL OFICIAL.

Aguardadme aquí á las puertas de la ciudad, y no perdais de vista á este bellaco hasta que esté yo de vuelta despues de haber tomado en la corte los informes necesarios.

AMBOS GUARDAS, á la vez.

Pueda nuestro señor y gefe lograr del monarca la mas favorable acogida.

EL OFICIAL.

Así lo espero.

(Sale.)

UN GUARDA.

Las manos se me van y no respondo de hacer una locura. (Echando en el pescador una mirada furiosa.) Ganas me dan de torcer el pescuezo á este pillo.

EL PESCADOR.

No os creo capaz de dar muerte á un inocente.

EL GUARDA.

¡ Ah ! ya tenemos de vuelta á nuestro gefe con la orden del rey. ¡ Ea camarada ! prepárate á cebar á tus compañeros los peces, á menos que llegues á servir de pasto á los chacales y buitres.

EL OFICIAL DE POLICIA, volviendo presuroso.

Que ese hombre sea pronto...

EL PESCADOR, pálido de espanto.

¡ Pobre de mí !...

EL OFICIAL.

Sea puesto en libertad cuanto antes. El rey no ha titubeado un momento en reconocer como ciertas todas las circunstancias relativas al modo en que halló el anillo en el cuerpo del pescado.

EL GUARDA.

Cúmplase la voluntad de nuestro gefe... ¡ Ea,

amiguito! con la música á otra parte, que á bien que la tierra es ancha... De buena la has escapado... ya puedes decir á todo bicho viviente que poco te ha faltado para quedar colgado en el aire.

(Desata al pescador y lo pone en libertad.)

EL PESCADOR, inclinándose profundamente ante el oficial.

Señor, me volveis la vida.

(Cae á sus piés.)

EL OFICIAL.

Levántate, hombre sencillo, y sabe que el rey en el exceso de su alegría, me ha encargado remitirte esta suma igual al importe de la joya que hallastes en el pez... Tómala, que tuya es.

(Le pone una bolsa en la mano.)

EL PESCADOR, brincando de alegría.

¡ Oh qué mortal tan feliz soy yo!

UNO DE LOS GUARDAS, á su compañero.

¿ Ves con que petulancia se contornea ese miserable cuya garganta aun huele á cáñamo?... ¡ Y que erguido va el muy señor mio!... No parece sino que se encuentra mecido y triunfalmente paseado en un soberbio elefante... ¡ *El rey en el exceso de su alegría!*... Debe ser inaudito el precio de esta prenda para producir una impresion semejante en nuestro monarca.

EL OFICIAL.

Si, pero no hay que atribuirlo al valor intrínseco de la piedra preciosa...

AMBOS GUARDAS, á la vez.

¿ Pues entonces á qué?

EL OFICIAL.

No me consta de un modo positivo; pero, en mi concepto, este anillo ha hecho brotar en el corazon del magnánimo Duchmanta el recuerdo de un objeto tiernamente amado, pues apenas lo vieron sus ojos, cuando, á pesar de su calma y gravedad habitual, se trastornó todo su semblante y se volvió pálido como la cera.

EL GUARDA.

Así el bien que de nuestro gefe ha recibido el soberano, redundará tan solo en provecho de este villano ruin.

III

En la escena siguiente, las doncellas del palacio cogen flores para celebrar la fiesta del príncipe, y escuchan ávidas el canto del ruiseñor, hasta que se dispersan á la voz de los chambelanes quienes les significan que el consternado monarca solo anhela el luto y silencio en torno de su persona.

Uno de los palaciegos les describe en estos términos el abatimiento del príncipe : « Apenas hubo fijado el rey sus ojos en el fatal anillo, cuando, retornando repentinamente la memoria en su ánimo, recordó todas las circunstancias de su enlace con Sacúntala, acusóse á sí mismo por haberla acogido

con tanta injusticia y rechazado con tanta dureza; y, desde aquel momento, no cesa de lamentarse y dar las mayores muestras de arrepentimiento, repugnándole sobremanera todo lo que huele á recreo, y negándose á recibir cada día los homenajes del pueblo. En vano suspira por el reposo en el lecho; sus párpados inflamados durante la noche entera, no pueden disfrutar un solo instante del soporoso bálsamo que vierte el sueño. Si dirige la palabra á sus mugeres reina el mayor desorden en sus discursos, confundiendo sus diferentes nombres, y corriéndose despues cuando llega á notar su error. Aunque prescinda de todo el lujo y aparato consecuentes á la dignidad real, y solo conserve un brazalete demasiado ancho para su enflaquecido puño; aunque sus labios se hallen secos por el continuo ardor de los suspiros, é inflamados sus ojos por el insomnio incesante á que le condenan sus amargas cuitas, deslumbra aun por el brillo de sus virtudes, semejante á un fulgoroso diamante cuyos destellos no dejan sospechar que haya perdido la menor parte de su peso bajo los hábiles dedos del lapidario. »

Despues se muestra el acongojado Duchmanta, avanzándose lentamente y como sumergido en sus reflexiones.

« ¡ Ah querida Sacúntala ! » murmuran sus labios trémulos y descoloridos, « si vanamente intentastes sacar mi corazon del letárgico sueño en que se hallaba sumergido, ¡ á que angustiosa agonía lo han reducido los remordimientos despedazadores ! ¡ Ah !

ahora me acuerdo, como si desvaneciese súbitamente la niebla que ofuscaba mi mente, de todas las circunstancias de mi primera entrevista con esa noble muger, víctima de su ternura.

« ¿ Y cómo no sucumbiré agoviado por el remordimiento cuando acude á mi memoria el dolor águdo de esa admirable criatura, á quien yo inhumano repelí y ultrajé de un modo tan indigno ? Aun me parece verla llorosa, sollozando, torciéndose las manos de dolor, pronta á seguir á sus compañeros de viaje para regresar en su compañía á su pacífica soledad... « ¡ Quédate ! » le dijo con voz severa el discípulo de Canúa, tan venerable como el mismo Gurú.

« Al oír esta orden terrible, se tiene llena de espanto y me mira con ojos anegados en llanto.... Ah ! este recuerdo es como una flecha envenenada que da la muerte.

« Me acuerdo que, al prepararme para dejar el sagrado asilo y volver á mi capital, Sacúntala me dijo levantando en mí sus bellos ojos húmedos y trémulos : « Cuándo se dignará mi señor llamarme á su lado ? » Entonces, poniéndole en el dedo este anillo, en cuya piedra se halla grabado mi nombre, le respondí : « Pronuncia cada día una de las sílabas que componen mi nombre, y aun no habrás acabado, cuando verás llegar uno de mis oficiales de confianza con orden de traerte á tu esposo. »

El sin ventura Duchmanta maldice el estanque en que, al bañarse, habia dejado caer Sacúntala la preciosa prenda, y se acusa de la fatal ceguedad que

le impidió reconocer á su esposa y amante. A la sazón le traen la imagen de Sacúntala, retratada en medio de sus compañeras en los jardines de la ermita. Este cuadro determina un arrebató de ternura que se traduce por versos incoherentes si bien deliciosos, en los cuales deplora el tierno amante la desgracia de un héroe y un rey condenado á no legar á sus pueblos heredero de su amor.

« ¡ O dioses ! » esclama « ¿ estaba decretado desde el origen de los tiempos, que la antigua y clarísima prosapia de los monarcas de la India debiese fenecer en el infeliz Duchmanta, condenado á no conocer el dulce nombre de padre, tal como esos rios, cuyas aguas caudalosas y cristalinas acaban por perderse en incultos yermos y estériles arenales ? »

IV

Para distraerlo de su melancolía, le anuncia su ministro que una raza enemiga y perversa ha invadido sus estados y amenaza degollar á su pueblo.

En consecuencia se apresta á rechazar al agresor el animoso soberano, protegido por el dios Indra que hace volar su carro en las nubes, al nivel de las más inaccesibles cimas del Himalaya, de cuya altura contempla el héroe sus vastos estados.

« Hemos llegado, » dice á su compañero » á la fulgorosa esfera que, en sus rápidas revoluciones, arrastra los astros innumerables y las sagradas olas

del Ganges; en la inefable esfera santificada por las divinas huellas de Vichnú Me lo asegura la impresión misteriosa resultante del movimiento del carro, el ligero rocío que salpica de las húmedas ruedas, las erizadas crines de los córceles impregnadas de la azulada luz que destella el vuelo anguloso de los relámpagos, las águilas que por do quier abandonan sus nidos suspendidos en los huecos de las ásperas rocas, desplegando en torno sus anchurosas alas.

Después añade bajando sus miradas en la tierra.

— « ¡ Qué espectáculo tan variado como admirable me presenta, á cada instante, gracias al rápido descenso del carro, la morada humana ! »

« La cumbre aplomada de las más altas montañas se confunde á mis ojos con la superficie nivelada del llano, y parece que, despojados de troncos, los árboles alfombran el ámbito de las praderas. Los más vastos rios se muestran como ligeros filamentos plateados que apenas relumbran en sus angostos cauces; y, como si la impeliese una fuerza poderosa, la tierra parece subir rápidamente del lado en que me hallo.

Esta descripción del carro prestado al héroe por Indra, tiende á argüir, como también resulta de las tradiciones de la India primitiva, que, desde época inmemorial, la antigüedad conocía la navegación aérea y los aeronautas.

« Ya tocamos á la tierra, » le dice su guía, » y pronto se ofrecerá á nuestra vista en la montaña la mansion habitada por el hijo divino de Maritchd.